



Una escena de «La aldea maldita»

te de Aragón que descende a beber en el Ebro las aguas que besan los muros que custodian la Pilarica.

*«Que no quiere ser francesa,  
que quiere ser Capitana  
de la tropa aragonesa.»*

Y a la izquierda Valencia, bordeando el levantino mar, con sus interminables naranjales agobiados de los panes de oro de sus frutos o vestidos de blanco y perfumados del azahar simbólico, para unirse a la expansión ubérrima de la huerta murciana. Y en el centro Castilla, madre Castilla, amplia, seria, consciente de la grandeza de su prestigio universal, toda historia y leyenda, honda y altiva, ensueño y realidad, espada y cruz... Y allá abajo, teniendo como palio el más azul de los cielos de Europa, Andalucía, riente, escandalizadora, florida, satisfecha de ser lo que es: la paleta de un pintor en la que el color se ha vuelto loco.

He aquí los escenarios de que disponemos para nuestras películas.

Pues bien; cada escenario de éstos tiene sus personajes peculiares, sus músicas, sus canciones, sus argumentos. Galicia, al son de la gaita y al rítmico palotear de sus «tamborileiros», pone a sus canciones célticas la contera del «alalá» o el «aturuxo»; nos habla de sus «brétemas» y de sus «meigas», de sus plañideras profesionales entre la «taula» (o dolmen druídico) y el crucero cristiano, mientras cruza en silencio en la noche la fosforescencia de la Santa Compaña. Entre los manzanales de Vizcaya canta, de otro modo, el fuerte y dulce indígena, a coro con sus acompañantes en el trasegar el «chacolí», y al llegar a la casa que el manzanal cobija, deja la puerta abierta y enciende el hogar y pone junto a él el trozo de «borona» y el blanco jarro de agua para que pueda mitigar su hambre y su frío la Santa Virgen que por las noches recorre los caminos hecha rayo de luna. Y canta sus jotas Aragón,

entre repiqueteos de castañuelas y arpegios de guitarras, cuando los mozos recorren el poblado en sus rondas nocturnas, que suelen terminar a linternazos. Y la jota, otra jota distinta, cantan los valencianos, y viven sus costumbres y sus pasiones de huerta, que no describiremos porque mejor pluma que la nuestra lo tiene hecho para universal conocimiento. Y tan española como Galicia y las Vascongadas y Aragón y la madre Castilla es la Andalucía, acusada como máxima culpable de la «españolada».

¿Por qué?

El folklore andaluz es el más vario, el más rico entre los folklores nacionales. Nuestros grandes poetas lo cantan y lo ensalzan (¡no esté tan silencioso, maestro Machado!). Sus personajes no son invenciones de narradores desaprensivos. Es la tierra del torero y del toro, del vino de Jerez y de la manzanilla de Sanlúcar, de las sevillanas y los gitanos del Sacro Monte granadino. Por sus Sierras corrieron miqueletes y contrabandistas; por ellas galoparon algunos bandidos generosos. Y conste que subrayo la palabra para que resalte en el sentido más serio de su adjetivación. José María, «el Tempranillo», es una gran película por hacer para oponerla, como vida ejemplar de malhechor, a la lamentable multitud de *gangsters* que se nos sirven en las películas americanas. Y si subrayo ahora es para que resalte mi indignación contra este tipo, lacra universal, terriblemente pernicioso, en la que ahondando poco habría de buscarse la raíz de sucesos contemporáneos de los que hemos sido testigos horrorizados. Más de tres generaciones han sido educadas por el ejemplo de estas monstruosidades, y una campaña universal a tiempo contra tal clase de películas habría evitado tanta sangre vertida como lágrimas derramadas. Rechazo la palabra «españolada» aplicada al costumbrismo y al folklore españoles. Mi *Nobleza batúrva*, mi *Morena Clara*, mi *Carmen*, *la de Triana*, mi *Aldea maldita*, mi *Orosia* no son españoladas. Tampoco lo son muchas de las películas que sobre las cos- (Continúa en la página 82)